

recordaban la fuga y traje inconveniente que las cubría para darse la enhorabuena por el buen éxito de su imprudencia.

Terminada la comedia se dirigieron los reyes y cortesanos al estanque grande, entonces de la asombrosa extensión de 445,658 pies superficiales, lo que equivale á mas de tres veces el área de la Plaza mayor de Madrid. A sus orillas se alzaban cuatro embarcaderos, por los que descendieron los ilustres espectadores á un sin número de barcas preparadas para ver desde ellas la zarzuela en un acto titulada *Circe*, que había de ejecutarse en una isla sita en el centro de dicho estanque, cubierta de árboles y vegetación natural y convertida en mansion imaginaria de aquella hechicera. Interminable sería querer describir la inmensa cantidad de luminarias colocadas en las embarcaciones y reflejadas en multitud de espejos que las reproducían estraordinariamente, las enramadas de flores, las banderas y gallardetes, los variados disfraces de los concurrentes, nada de esto entra en nuestro propósito, así por abreviar diremos que despues de haber visto la fingida llegada de Ulises á los inhospitalarios dominios de la encantadora, la transformación de sus compañeros en brutos y el retorno de estos á su estado natural, volvieron SS. MM. y convidados á tomar tierra pasando al salon de baile, desde cuyos balcones habian de presenciar el desfile de las cuadrillas de máscaras dirigidas y costeadas por los magnates mas autorizados. Corto rato hacia, á su parecer, que las dos hermanas disfrutaban enagenadas aquel fantástico recreo; pero el placer vuela y ¡ay! por felices podemos contarnos cuando no deja el remordimiento en pos de sí. No hubo remedio, las cuatro sonaron en el reloj de palacio, las noches son cortas en el mes de mayo y hubiera sido grande inadvertencia dejarse sorprender por el alba. Con mucho sentimiento mandó Leonor á Mauricio, que casi no se separó de ellas en toda la noche, fuese á preparar la partida, y acercándose el carruaje las condujo á su casa adonde llegaron sin contratiempo, subiendo sigilosamente á las habitaciones interiores.

Allí considerándose en seguridad se abandonaron sin reserva á la expansion de sus sentimientos.

—¡Ay, hermana, qué fiesta tan hermosa! dijo Inés ayudando á desnudar á Leonor, dejará en mí recuerdo para toda la vida.

—Sí, sí, muy hermosa; pero estoy rendida de cansancio..., tengo pesada la cabeza... anda aprisa, yo me acostaré sola, vé pronto, quítate ese infernal disfraz que me infunde un horror invencible.

—¡Infernal dices? ¡y me está tan bien! Tranquilízate, aquí nada tenemos que temer ¿quién se había de atrever á penetrar en tu alcoba sin ser llamado por tí? No, no quiero dejarte, prosiguió con la obstinación de una niña mimada, he de hablar mucho de la comedia, de las máscaras, de todo.

Era imposible que la esposa engañadora impusiese su autoridad á la joven á quien había hecho su cómplice, así es que la dejó charlar cuanto quiso, acostándose ella en silencio, por ver si de este modo conseguía cortar aquel torrente de palabras y obligar á su hermana á recogerse.

Pero ésta conoció su intento y con una obstinación cada vez mayor,

—Ya me iré, la dijo, mas escucha un momento, tengo que contarte algunas confianzas que me ha hecho Mauricio, ya estás acostada y puedes descansar, voy á colocarme á tu lado sobre el lecho y dentro de un momento te dejaré sola.

SEGUNDA SERIE.—1863.

Y uniendo la acción á la palabra se dispuso á continuar la conversacion, si bien no duró mucho su propósito. Una noche de insomnio á que no estaba acostumbrada, las emociones en ella sufridas y hasta el arrullo de la charla de Inés, hicieron que Leonor fuese la primera en quedar sumida en profundo y descuidado sueño: no tardó en imitarla su hermana. Así abrazadas amorosamente, aquellas dos jóvenes culpables solo de ligereza, dormían tranquilas bien ajenas del terrible despertador que había de turbar su sosiego.

V.

La noche que se celebraban los festejos que rápidamente hemos procurado compendiar, caminaba don Diego de Vargas la vuelta de Madrid ya terminados los asuntos que le llevaron fuera de su casa. Hasta cerca del anochecer no pudo emprender la jornada, mas como el tiempo era suave y mucha su costumbre de viajar con peores condiciones no fué bastante la oscuridad á detenerle. Ansioso por verse al lado de una esposa querida aguijaba su caballo con ánimo de trasponer las catorce leguas que medían entre Segovia y la coronada villa antes de romper el día.

—Corre, corre, mi buen Alazan, decía el impaciente hidalgo, que al fin de la jornada nos aguarda á tí una buena empajada y á mí la dulce compañera de mi vida, que cuenta por siglos los momentos de ausencia.

Tan rápida fué la carrera, que el criado, no tan bien montado como el amo, quedó rezagado algunas leguas, sin que por eso aflojase don Diego, hasta que poco despues de la salida del sol llegó á apearse en el zaguan de su casa.

—Nadie se adelante, que quiero yo ser el primero en anunciarme á la señora, ordenó dirigiéndose á subir la escalera en dirección á la estancia de Leonor.

Con paso silencioso y semblante risueño atravesaba las salas anteriores á la alcoba conyugal alumbradas débilmente, cuando una ropa de tintes vivos arrojada sobre los taburetes le llamó la atención: se acercó á examinarla, levantóla en alto y al descubrir debajo de ella un sombrero adornado de rozagantes plumas, la sorpresa y el terror se pintaron en aquel rostro, un momento antes tan satisfecho.

—¡Prendas de hombre! exclamaba, ¡un ferreruero, un sombrero, una espada arrimada en aquel ángulo! son de Mauricio, sí, lo conozco en su forma especial y colores abigarrados. ¿Pero cómo en la habitación de mi esposa, á estas horas, revueltas entre sus vestidos? Detente, corazón, no anticipemos sospechas que pueden carecer de fundamento.

En aquel hombre enérgico se operó un cambio terrible; la sombría nube de los celos había oscurecido su frente, no era ya el amante confiado, era el tigre que avanza cauteloso recelando la emboscada del astuto cazador.

Tremulo, agitado, se acercó á descorder las cortinas del lecho y el demonio de la ira pudo regocijarse al observar el efecto que causó en el desventurado caballero la vista del que por su traje juzgaba ser Mauricio reposando tranquilo en brazos de su esposa y con la rubia cabeza reclinada sobre su seno.

Ni una exclamación, ni una palabra salió de sus labios, solo á Dios le es posible apreciar las violentas emociones que agitaron su alma; llevó la mano á la empuñadura de su espada, brilló esta en el aire como una corriente eléctrica, y vino á sepultarse en el corazón de ambas mujeres, que á im-

AÑO XXI. 26

pulsos de tan certero golpe apenas con ligeras convulsiones dieron señales de su tránsito á la eternidad.

—¡Mujer adúltera! ¡amigo infiel, víbora que abrigué en mi seno, prorumpió Vargas con voz enronquecida, no os moveréis! La estocada que en varias ocasiones salvó mi vida y solo creí emplear en defensa de mi fé y de mi patria, ha vengado mi honra mancillada: olvidásteis en vuestro torpe delirio que el hombre de quien os burlábais tiene el brazo firme y el corazón sereno: hoy mismo los sabedores de mi afrenta tendrán noticia de su reparación.

Abandonó aquella estancia de muerte cerrando cuidadosamente las puertas, y retirado á su aposento, en mal combinadas frases escribió todo lo sucedido á un amigo suyo, suplicándole al mismo tiempo viniese á encargarse de su casa y negocios particulares, mientras él se acogía á sagrado en el convento de la Merced, ínterin la justicia pronunciaba su fallo, que no dudaba le sería favorable atendidas las circunstancias y las leyes que regían entonces en la materia.

Llamando en seguida al escudero Rodrigo,

—Llévame inmediatamente, le dijo, esta carta al señor comendador de Atienza, espera su respuesta y obedécele en cuanto ordenare. La señora descansa, que nadie turbe su sosiego.

Tomadas estas disposiciones salió á la calle con aire reposado, aunque llena el alma de amargura, encaminándose á tomar asilo, según hemos dicho; mas al revolver la esquina de la calle del Meson de Paredes, le hizo levantar la cabeza una voz fresca y juvenil que le saludaba diciendo:

—Dios os guarde, señor don Diego, ¿cómo en Madrid tan de mañana?

Después de la horrible escena que había presenciado en su casa, nada podía causarle un asombro y terror tan profundo como la vista de la persona que tenía delante de sí. Era Mauricio, tranquilo, risueño, un poco avergonzado, si bien con el aspecto cándido é inocente de siempre. Concluida su guardia en el Buen Retiro, volvía cuidadoso á saber de las damas, cuando con gran sorpresa se encontró de frente con el capitán á quien juzgaba lejos de la corte. Bien hubiera querido evitar ser descubierto en aquella hora tan cerca de la casa de su prometida, pero muy ageno de imaginar la preocupación que embargaba los sentidos del hidalgo, creyó de seguro había sido visto por él é imposible pasar desapercibido. Grande fué su admiración cuando vió á Vargas en vez de contestar á su saludo pararse ante él, la vista estraviada, pálido y con acento entrecortado preguntarle:

—¿Eres tú? ¡Mauricio! ¿es cierto? dime, dime, ¿de dónde vienes?

—Sí, señor, yo soy, vengo del Buen Retiro donde mi compañía ha dado la guardia esta noche pasada. ¿Pero estáis enfermo, señor don Diego?

—Sí, temo volverme loco; tú solo puedes evitarlo, aclarando la terrible confusión en que me hallo. Contéstame pronto: ¿sabes de mi esposa? ¿A dónde has echado tu vestido rojo?

No dudó el joven al oír estas preguntas, viendo el desconcierto de Vargas y su inopinado regreso, que nada ignoraba de lo ocurrido; así que reconociéndose origen primitivo de aquel desliz, trató de salvar á las dos hermanas arrojando él solo la cólera del capitán.

—Señor, perdóneme vuestra merced, dijo en tono humilde, porque de todo esto nadie es culpable sino yo.

—¡Y así lo confiesas; villano! Habla pronto, ó te arranco el alma.

Al verse tratado de villano por causa tan ligera en su concepto, reprimiendo su cólera el alférez y ya depuesta la sumisión que hasta entonces se creyó obligado á guardar, replicó en tono grave y decidido:

—Caballero, os escedeis; sabéis quien es mi padre y quien soy yo. Veo que un estravío fatal domina vuestra imaginación; os diré la verdad porque nunca he sabido ocultarla, y si después de oído mi relato no quedais convencido de que en la conducta de vuestra esposa y su hermana nada hay ofensivo para vos, sin apelar á insultos indignos de un noble obtendréis de mí la reparación que creais debida.

Acto continuo con lenguaje llano y breve hizo una espósición circunstanciada de los sucesos acaecidos desde la mañana anterior á las dos hermanas; su evasión de la casa, su asistencia á los festejos de palacio, el disfraz de Inés, nada ocultó el joven interesado por su honor en esclarecer los hechos. El desventurado Vargas apuró hasta el fondo la copa del infortunio: comprendió sin género de duda su desgracia: era esta palpable, inmensa, sin remedio, y él un asesino infame de dos inocentes mujeres que formaban la delicia de su vida.

Después de la escena que acabamos de referir, Vargas salió desatentado de la población y corrió largo tiempo por los campos hasta caer en tierra rendido de fatiga cerca de Valdemoro, donde le recogieron unos padres de la Compañía de Jesús. Restablecido de una larga y penosa enfermedad se incorporó á las Misiones de América, y murió mártir en la provincia de la Guaira. Mauricio se casó dos veces y tuvo muchos hijos; su abdomen adquirió tan colosales proporciones que era objeto de las pesadas burlas de los muchachos de Lavapiés y del Barquillo; se declaró por el archiduque Carlos en las guerras de sucesión á pesar de su mucha edad, de cuyas resultas emigró á los Países Bajos, donde murió de viejo, y la calle en que ocurrieron estos sucesos tomó el nombre de las *Dos Hermanas*, que todavía conserva.

DIONISIO CHAULIE.

¡MAS ALTO, SIEMPRE MAS ALTO!

(¡EXCELSIOR!)

Las sombras de la noche caían rápidamente sobre la tierra, al mismo tiempo que atravesaba una ciudad de los Alpes un joven llevando por entre las nieves y los hielos una bandera en la que campeaba esta extraña enseña: ¡Excelsior! (¡Mas alto!)

Su fisonomía era triste; sus ojos brillaban como el desnudo acero, y semejantes á los sonidos de un clarín de plata, salían de su boca los acentos de esta lengua desconocida: ¡Excelsior!

En las casas afortunadas de la ciudad, vió la lumbre del hogar de la familia despedir calor, y pareció revivir; pero

luego vió los hielos adelantarse como espectros, y sus labios pronunciaron á modo de gemido: ¡Excelsior!

«No intentes seguir tu camino, le dijo un anciano, la sombría tempestad va á retumbar sobre tu cabeza, el torrente es profundo y largo» y retumbante la voz que se asemeja al clarín de plata respondió: ¡Excelsior!

«¡Oh! detente, le dice la hermosa jóven, y ven á reposar tu fatigada cabeza en mi seno.» Y una lágrima se asomó á los bordes de sus ojos azules; pero el jóven respondió dando un suspiro: ¡Excelsior!

«¡Guárdate de las secas ramas del pino, guárdate de los terribles aludes!» tal fué el último saludo del campesino. Y una voz contestó desde las alturas: ¡Excelsior!

Al concluir el día, en tanto que los piadosos monjes de San Bernardo elevaban su oracion tan repetida al cielo, una voz gritó á través de los aires: ¡Excelsior!

Un viajero medio envuelto en la nieve fué encontrado por el fiel perro de los monjes: tenia aun en sus manos he-ladas la estrana enseña: ¡Excelsior!

Allí, durante el crepúsculo triste y frio, echado en el suelo, faltó de vida pero rebosando belleza, y desde el fondo de los cielos, serena y en lontananza, una voz descendió como una estrella: ¡Excelsior!

LONGFELLOW.

Dos pensadores superficiales pretenden que todo el arte social está limitado á dar á un pueblo reposo y seguridad: estos son dos grandes bienes: pero no son los únicos que hacen felices á los pueblos.

MADAME DE STAEL.

El alma es lo único que sobrevive. Hagámosla pues, heroica. Aquí en la tierra, no tendremos mas que lo que merecemos; y nuestro cielo será aquel que nos hayamos construido sobre esta tierra acumulando sucesivamente nuestras obras de virtud y genio, y nuestro ideal se habrá realizado, pequeño ó grande, segun nuestros merecimientos.

DARGAU.

¿Quién dispone en nada de su existencia? Una sola cosa hay fija en el mundo, y es lo que se hace por el deber.

MADAMA DE STAEL.

EDIFICIOS DE TOLEDO.

Entre los infinitos edificios que se admiran en la ciudad de Toledo, ocupa el primer lugar la iglesia catedral fundada desde la época de San Eugenio, primer obispo de dicha diócesis, en el mismo sitio en que hoy se halla, aunque bajo un plano mas reducido.

La historia de las artes españolas desde principios del siglo XIII hasta nuestros días, se halla comprendida en este gran monumento que se levanta en medio de Toledo, para revelar el espíritu de las generaciones pasadas y poner de manifiesto al punto que llevaron nuestros padres su cultura.

La historia religiosa, militar y política de aquel pueblo que sostuvo una encarnizada lucha de siete siglos para recobrar su independencia, que arrancó palmo á palmo el suelo de la península ibérica al poder sarraceno, se halla escrita, esculpida y pintada en tan suntuoso templo, silla de grandes prelados y depósito de misteriosas tradiciones. El aspecto de aquel magnífico edificio, que da á conocer á primera vista cuál fué el sentimiento dominante que elevó sus naves, y que levantó su esbelta é imponente torre, despierta en la imaginación de cuantos tienen la fortuna de contemplarlo, ideas elevadas, pensamientos sublimes, cuya grandeza parece aumentarse al tender la vista sobre cuanto nos rodea en la época que alcanzamos. La catedral de Toledo como las de Leon, Burgos y Sevilla, pertenece al gusto gótico en toda su pureza; á ese género de arquitectura, nacido para consagrarse al cristianismo en la edad media, que aparece ahora á nuestros ojos como una personificación del sentimiento religioso, alma de aquellas sociedades, y que tenido en menos por nuestros padres, ha recobrado toda su importancia con el estudio de la arqueología de los tiempos medios.

Poco despues de conquistada Toledo, fué erigida la mezquita en iglesia metropolitana, si bien conservando sus formas arábigas, hasta principios del siglo XIII, época en que ocupando el trono de Castilla Fernando III, se echaban los cimientos á las grandes empresas que habian de inmortalizar su nombre. El cabildo toledano mas rico y poderoso entonces que en tiempo de la conquista, y teniendo á su cabeza al arzobispo don Rodrigo Jimenez de Rada, pensó levantar un templo digno del Dios á quien adoraba. Abriéronse, pues, los cimientos de la nueva catedral en 1227, y se continuó la obra durante la vida de este prelado y de aquel monarca con el mayor entusiasmo. Despues no continuó la fábrica con el mismo empeño; pero esta lentitud fué útil al edificio, que iba enriqueciéndose con los progresivos adelantos del arte. En siglos anteriores al nuestro hubo escritores que para dar una idea de la magnificencia de la catedral de Toledo dijeron que era igual en su planta al celebrado de Diana en Efeso; pero la verdad es que lejos de ser así, este templo no tuvo nada que ver en su origen con griegos ni con romanos, siendo su arquitectura entera y esencialmente cristiana. Su planta es cuadrilonga, si bien termina por la parte de Oriente en un semicírculo: se levanta sobre ochenta y ocho pilares, compuestos cada uno de diez y seis gallardas columnas, sobre las cuales asientan setenta y dos bóvedas derramándose en cinco espaciosas naves, y formando la del centro, que es mas elevada que las restantes, una cruz, al cortar de Norte á Mediodía las cuatro mencionadas, de cuya division resulta su crucero. Tiene todo el templo la longitud de cuatrocientos pies de Oriente á Occidente, y doscientos cuatro de latitud: en este espacio encierra inmensos tesoros artísticos.

Hay varias capillas en todo el templo; la Mayor está en el centro ocupando el espacio de las bóvedas tercera y cuarta y elevada sobre el pavimento: á su frente se ve el coro. Al lado de la Epístola de esta capilla están los sepulcros de don Sancho II y el infante don Pedro, y al del Evangelio los de don Alonso VII, don Sancho el Deseado y el infante don Sancho, hijo de don Jaime el Conquistador.

El pavimento consiste en un mosaico de mármol blanco y encarnado; para subir al presbiterio hay una escalinata de mismo mármol blanco y encarnado; la reja es de una mezcla de cobre y hierro con magníficas labores en bajo relieve.

ve representando armas, ángeles y otros caprichos. Los púlpitos en que se cantan la Epístola y el Evangelio son de bronce y de un mérito sobresaliente.

El precioso retablo que ocupa todo el frente de su testero, se hizo por orden del cardenal Jimenez de Cisneros, es de madera de alerce y está todo dorado. Tiene varias está-

tuas de tamaño natural que representan diferentes pasajes de la vida del Salvador y de la Virgen María.

En el centro del Presbiterio, sobre dos gradas de mármol, está la mesa de altar con una sola gradilla sobre la que hay seis candeleros de metal dorados á fuego, y en medio un crucifijo que pesan treinta y cinco arrobas. En las hojas



Capilla mayor de la catedral de Toledo.

de las dos puertas que hay á los costados del altar, están pintados los profetas. En el mismo lado del Evangelio y después de bajar las seis gradas del presbiterio se halla el enterramiento del cardenal Mendoza; suntuoso en todos conceptos. En una bóveda debajo de la capilla se halla la del Santo Sepulcro, en la que se guardan las reliquias de Santa Ursula. Lo mas notable del coro es su sillería, que consta de

dos cuerpos de arquitectura, compuestos el primero de setenta y un arcos apoyados en setenta y dos columnas de vistoso mármol rojo, en cuyos espacios existen las sillas, que son de nogal y de una estructura inimitable.

Alumbran este grandioso templo setecientas cincuenta ventanas y transparentes adornados de vidrieras de colores que representan pasajes del Nuevo Testamento y otros asun-

tos, siendo tantas las preciosidades que encierra, que su descripción sería mas que suficiente para escribir un volumen.

Otro de los monumentos que merece especial mención, es la venerada ermita del *Santo Cristo de la Luz*, célebre desde el tiempo de la conquista, y objeto ya en aquella época

de milagrosas tradiciones. Su arquitectura es árabe y se remonta al primer periodo que hemos llamado de imitación. Prescindiendo de estas tradiciones, se sabe que la primer iglesia que se bendijo al tomar Alonso VI la ciudad de Toledo, fué dicha ermita. Hasta entonces creen algunos escritores, no sin razón, que sirvió de mezquita. Parte de ella,



Interior de la ermita del Santo Cristo de la Luz.

que se hallaba ruinosa, fué restaurada por el abad y arzobispo don Bernardo. Por los años de 1186 el rey don Alonso VIII, queriendo distinguir á los caballeros de San Juan por los servicios que le habian prestado, tuvo á bien entregarles esta iglesia, que permaneció en poder de dichos caballeros hasta la época del gran cardenal Mendoza, quien la recobró

bajo ciertas condiciones, y la hizo restaurar nuevamente. Estas reparaciones, si bien han contribuido á desfigurar la capilla del Cristo, despojándola en su parte interior de los ornamentos arábigos, no han afectado mucho la exterior, ni lo que es ahora cuerpo de la iglesia.

RAMILLETES DE ALFONSO KARR.

PRIMER RAMILLETE O LAS MUJERES.

GUERRA DE LOS HOMBRES CON LAS MUJERES.

Antes de comenzar debo disculparme de una acusación que ya veo amenazando á mi cabeza. Algunas de mis lectoras dirán: «¡Uf! este hombre no quiere á las mujeres.» Las ruego que no admitan con ligereza semejante acusación, y que consideren los argumentos que voy á manifestarlas. Las mujeres me desagradan, cuando cediendo á una moda ridícula ó á una idea falsa, parece que se empeñan en ser menos mujeres;—cuando quieren despojarse de algunos de sus encantos, esponiéndose á perder su precioso imperio y su apreciada tiranía. ¿Se diría que á un hombre no le gusta el vino, porque tuviese todo el esmero posible á fin de no dejarle perder nada de su sabor ni de su aroma? ¿No nos enseña la historia que todos los grandes detractores de las mujeres no son sino unos jactanciosos, que con una esclavitud especial espían despues la libertad de sus discursos públicos? Salomón, que en sus Proverbios no les escasea los dictérios, llamándolas «mas amargas que la muerte,» sacrifica por ellas hasta el mismo Dios de los hebreos. Eurípides, quien generalmente las trata muy mal en sus tragedias, les era tan aficionado en la vida particular, que segun Atheneo, estaba casado con dos mujeres, como lo permitía la ley, é iba además á buscar fuera de su casa un suplemento para las cadenas de que con tanto desprecio hablaba.

Curioso es de ver lo acorde que desde el principio del mundo se ha estado en formar mal juicio acerca de las mujeres, y conciliar con esto el imperio, que incesantemente han ejercido ellas sobre los hombres de todos tiempos. Oigamos á Salomón:

«La gracia de la mujer es engañadora, y su bondad no es sino un vicio,» dice en sus Proverbios; y mas adelante: «El hombre enamorado sigue á la mujer, como el buey á quien se lleva al sacrificio.»

«Cuanto peces hay en el mar, decia Codro, y cuantas estrellas hay en el firmamento, otras tantas arterías hay en el corazón de la mujer.»

El grave Hipócrates echa en cara á las mujeres «su malicia natural.»

Sócrates decia:

«Vale mas vivir con un dragon que con una mujer,» y agregaba: «Debe temerse el amor de una mujer mas que el odio de un hombre.»

San Pablo recuerda á las mujeres su sujeción al hombre; pues segun este apóstol, deben tener con el hombre el mismo respeto que éste con Dios. Les prohíbe severamente que hablen en la iglesia, y hasta que mezclen su voz con la de los sacerdotes para entonar las alabanzas del Señor.

La historia y la fábula atribuyen de comun acuerdo á las mujeres todos los males que han afligido á la especie humana.—Eva, Dálila, Pandora, Deymíra, Elena, las hijas de Danao, etc.

Los cristianos prohíben á las mujeres las funciones sa-

cerdotales, y la jurisprudencia no les permite que aboguen en los tribunales. Mahoma las excluyó de su paraíso, no obstante de que en él concede lugar al *carnero* que reemplazó al hijo de Abraham en el momento en que iba este jóven á ser sacrificado, á la *ballena* que tragó á Jonás, á la *hormiga* á quien Salomón en sus Proverbios propone al hombre por modelo, y al *papagayo* de la reina de Sabá.

«Por lo comun, dice Tito Livio, las mujeres son mas amables en la calle que en la casa.»

«Entre las mujeres no hay que escoger, dice Plauto: todas son peores.»

San Juan Crisóstomo habla aun peor.—Séneca el filósofo afirma que «lo único que puede hacer suponer la virtud en una mujer, es la fealdad.»

«La mujer mas sencilla, dice Brantome, engaña al hombre mas astuto, sin que éste lo note.»

Montaigne dice: «Las mujeres buenas no andan á docenas, como todos sabemos, y señaladamente en lo tocante á los deberes matrimoniales.»

De Edem el morador primero habiendo despertado, En lugar de su costilla encontró á su lado A «la carne de su carne y á los huesos de sus huesos,» Y su primer sueño fué su último reposo.

«Muy astuta es la zorra, dice un adagio castellano, pero mas astuta es la mujer.»

«¿Quieren vds. que prevalezca una opinion? dice Madame Necker, pues diríjase á las mujeres, quienes la reciben con facilidad, porque son ignorantes, la esparcen con rapidez porque les gusta hablar, y la mantienen por largo tiempo porque son muy obstinadas.»

«¿Saben vds., señoras, decia en el púlpito un orador moderno, porqué despues de su resurrección apareció N. S. Jesucristo primeramente á las mujeres? Porque conocedor el Señor de la afición que ellas tienen á hablar, nada podia hacer mejor que informarles primero acerca de un misterio que queria se hiciese público.»

Ahora bien, á pesar de esta encarnizada guerra sin tregua ni descanso que los hombres hacen á las mujeres, el poder del sexo débil y tímido no se ha lastimado ni disminuido en lo mas leve desde el principio del mundo.

PELIGRO DE LA GUERRA.

Semejante conspiración de los hombres contra las mujeres, ha acarreado á estas un daño positivo, cual es el de disgustarlas con su sexo, engañarlas acerca de su poderío, hacerles creer su pretendida inferioridad, y estimularlas á que de vez en cuando hagan ciertas invasiones en las prerogativas y en los cargos, cuyo privilegio los hombres se han atribuido y reservado.

Pero al obrar así, se conducen como si una divinidad bajase del altar donde le están ofreciendo sacrificios, y viniere pisando el lodo, á mezclarse con la muchedumbre de sus adoradores, y á apiñarse entre ellos por tener el gusto de echar en union con los mismos, el incienso al nicho que habia dejado vacío.—Algunas mujeres aun van mas lejos, y hasta parece que se empeñan en trasformarse en hombres y

tomar la apariencia de estos. A tan absurda tentativa se es ha visto sacrificar su encantadora cabellera, y salir con el pelo corto como los hombres; aun se les ve que al montar á caballo, unen con el vestido largo, que proporciona suma magestad y decencia, el sombrero que es lo mas feo del atavío masculino; y de algun tiempo á esta parte han usado algunas chalecos de piqué blanco, corbatas negras, y el cuello de la camisa almidonado como el de los hombres. Desearia yo saber lo que estas mujeres opinarian acerca de un hombre, á quien encontraran en el bosque de Boloña trotando á caballo con botas de montar, calzon de ante y sombrero de eresson con plumas, ó con una gorra adornada con flores, ó llevando lazos de cintas en la cabeza.

Respecto al chaleco, su efímero reinado gana mucho terreno, porque al piqué blanco le sucede el satén y el brocado; los botones son ya de piedras finas, y los chalecos van abiertos por arriba para dejar ver el cuello; de manera que el chaleco está en camino de venir á parar en un corsé descotado.

ORIGEN DE LA COMPOSTURA.

Nacida la mujer, acercóse á ella la serpiente, que es el animal mas astuto, y le dijo al oído: «¡Qué hermosa eres!» Aconsejóle en seguida que comiese el fruto del árbol de la ciencia.—Este es, dijo, un caballero que por su franqueza me inspira gran confianza, y por cierto no querrá engañarme. Cogió el fruto y dió á Adam la mitad.

Mas éste, por primera vez, hizo lo que siempre ha hecho despues, y en lugar de comprender que, puesto que iba á entregarse y á obedecer, valia lo mismo hacerlo de buena gana, estuvo equivoco, negándose y resistiéndose, hasta que acabó por comerlo.

Pero todo el tiempo de la vacilacion de éste, lo habia empleado Eva en masticar la manzana con sus hermosos dientecitos blancos, de manera que poseia ya la ciencia del bien y del mal, mientras Adam se conservaba tal como habia sido formado. Cuando despues se resolvió éste á comer su mitad de manzana, y adquirió también la ciencia del bien y del mal, la mujer tenia de anticipacion respecto á él un cuarto de hora, que constantemente ha conservado, el cual ocasiona y ocasionará siempre nuestra inferioridad relativa.

Auxiliada por el demonio, comprendió en seguida la importancia de este cuarto de hora, y apresuróse á aprovecharlo para establecer sobre bases sólidas su imperio. Avergonzó á Adam con su desnudez, y le sugirió la idea de coger hojas de higuera para remediarla. Y al decirle á Adam: «Querido, eres mas alto y mas robusto que yo, ten la bondad de alcanzar y cogerme una hoja de ese árbol,» creaba á un tiempo el pudor y la coquetería, el recelo y la pretendida superioridad de las fuerzas del hombre.

Desde aquel momento se decidió la suerte de ambos, así como la de todos sus descendientes. La mujer conservó y ha conservado siempre aquella anticipacion de un cuarto de hora. Lo conoce todo, por lo menos un cuarto de hora antes que nosotros. El muchacho es un atolondrado, que no piensa sino en el aro, en el trompo ó en la pelota; pero la niña es una mujer en pequeño.

El hombre, bajo pretexto de ser mas alto, mas robusto y mas entendido, no ha dejado para la mujer ninguna de las molestias de la vida, y sus fuerzas, su valor y sus bríos, todos se han consumido siempre del mismo modo. Eva dijo

á Adam: «Querido, cógeme esa hoja de higuera,» y Adam se condena para alcanzar la hoja de higuera.

DESARROLLO DE LA HOJA DE HIGUERA.

La hoja de higuera ha tenido grandes modificaciones desde los tiempos de la primer Eva.

A la cuarta generacion, se puso en moda el *figus repens* de hojas muy pequeñas. Llamábase esto entonces descotarse ó vestirse, como hoy dia poniéndose la ropa casi sin corsé.

Al *figus repens* siguió el *figus nymphaea folia*; las hijas de Eva se adornaron con inmensas hojas de *macrophylla*; volvióse otra vez al *figus repens*, llamándolo *figus scandens*; pasóse en seguida al *figus elástica*, hasta que gradualmente se vino á parar—en la seda, en el brocado y en los terciopelos.

La hoja de higuera, á causa de las guarniciones, no tiene hoy menos de catorce metros, y Eva está siempre diciendo á Adam: «Querido, dame esa hoja de higuera.»

Y Adam, para dar la hoja de higuera, trabaja, pasa muchas noches, roba, saquea, asesina y se condena.

La primitiva hoja, la que todavía vemos en las higueras de nuestros jardines, no cae ni se renueva sino una vez al año; mientras que de progreso en progreso, la que las mujeres gastan, cae y debe reemplazarse todas las semanas.

Además de las modificaciones que la hoja de higuera ha ido teniendo, ha inventado Eva, valiéndose diestramente del cuarto de hora de inteligencia que tiene de anticipacion respecto al hombre, ciertos accesorios, cuya necesidad le muestra á éste bajo un aspecto favorable. «Querido, le dice, tú eres mas fuerte, tú eres el dueño, tu eres mi señor. Me enorgullezco con ser tuya, y quiero llevar el distintivo de mi esclavitud. Atraviésame la nariz y las orejas en testimonio de mi servidumbre, y con bellos anillos. Ponme cadenas en el brazo para recordar á cuantos me vean que no soy sino tu esclava.»

De aquí provienen los zarcillos y las pulseras.

Algunos Adanes se dejan persuadir de que, igualmente que para trasportar los vinos preciosos se colocan en un barril dentro de otro, seria prudente encerrar á Eva en una doble envoltura, en dos hojas de higuera: la segunda hoja se llama carruaje y se le agregan caballos.

Por último, entre todos estos hombres que se agitan, que andan, que corren, que se agrupan, que se baten y se matan, siempre está Adam á quien Eva dice: «Querido, coge para mí esa hoja de higuera.» La moda no consiente hoy sino las hojas de las mas altas ramas, lo cual ocasiona que casi todos se destrocen las manos y las piernas para llegar á ellas y que gran número se rompa los huesos.

FILOSOFÍA DE LA MODA.

«En definitiva, las cosas bellas son para las bellas», dice Shakespeare.

Las mujeres tienen cierto gusto natural hácia todo cuanto es hermoso, elegante, atractivo y rico, gusto al cual deben atribuirse los mayores progresos de la industria y de las artes.

Los adornos son, respecto á las mujeres, un tributo pagado al legítimo poder de sus encantos; son el reconocimiento de este poder, aumentan respecto á la mujer la conciencia de su propia hermosura y dan una prueba de ella á las demás mujeres.—La mujer compuesta, no es solo la mujer que juzga acrecentada su hermosura con sus ornatos, sino el huron que lleva en su cintura las cabelleras testimonios de

sus victorias, el militar adornado con sus cruces y charreteras. Es la divinidad pagana, quien no satisfecha con respirar el incienso que le envían los hombres, quiere además ver llenos sus altares con presentes y ofrendas, y exige se le traigan grandes víctimas y se sacrifiquen á su poder.

Así, pues, para la mayor parte de las mujeres no basta que las ofrendas sean ricas y brillantes, sino que han de ser algo raras, y que demuestren que la piedad de sus adoradores raya en locura.

Siendo las mujeres formadas y educadas de esta manera, sobreviene un desórden moral, que debe repugnar á toda inteligencia recta.

Todas las circunstancias de la vida de las mujeres tienen por resultado, y muchas veces por causa, un cambio de ropa,—los vestidos dividen la vida de las mujeres en muchas eras ó egiras: «Tal acontecimiento tuvo lugar cuando gastaba yo aquel vestido de terciopelo color de violeta, tal otro cuando compré el de satén bordado.» Y para las fechas mas exactas y precisas dicen: «La primera vez que él me vió, llevaba yo un vestido azul.»

Aun cuando no se casen solamente por ponerse el vestido de novia, se debe dar por seguro que semejante idea influye algo en el casamiento.

Van á confiar su dicha y su vida entera á un hombre á quien casi no conocen, á contraer nuevas obligaciones mucho mas formales de las que hasta entonces han tenido, á dejar la casa donde han nacido y á los padres que las han criado.—Pues todo esto desaparece, ó por lo menos se atenúa mucho y se coloca entre las sensaciones de segundo órden, respecto á lo que llama la atencion el vestido de novia.

Pierden á un padre; tienen sumo pesar; pero muy pronto se suspende este con la atencion de los lutos, y antes de la hora se preguntan entre sí.

«¿Qué es lo que se estila? ¿cómo se llevan este año los lutos?» Cuando hacen una visita á alguna amiga, le dice ésta: «Ha perdido vd. á su prima...», es un acontecimiento fatal.—Tiene vd. un sombrero lindísimo....—Era muy joven....—¿Se lo ha hecho á vd. madama?»

—Sí, va para tres años que me los hace.

—Le sienta á vd. perfectísimamente.—Participo en gran manera del pesar de vd.

—La queria yo como á una hermana, es un gran vacío el que deja en mi vida.—¿Qué le parece á vd. esta tela?

—Admirable.—¿Dónde la ha tomado vd?

—En el Sarcófago....—Deja dos pobres niños.»

Y la amiga toma envidia y perdería gustosa algun pariente, por tal de poder llevar aquel sombrero aquel y vestido, y dice para sí: «En el primer luto que tenga, iré al Sarcófago.»

Igualmente que todo acontecimiento, todo vínculo y toda amistad sirven de pretexto para un vestido.—Da la amiga un baile:—un vestido;—se casa:—un vestido;—se muere:—un vestido, y siempre vestido.

EL DIOS INCÓGNITO.

Puesto que nada se encamina á disminuir formalmente en la educacion de las mujeres aquel culto de sí mismas, es preciso,—lógicamente,—dirán vds., que ese brillante sin igual, ese magnífico chal de la India, esa preciosa y nueva tela, en resumen, la mas estimada recompensa, sea para la mujer mas prudente, mas virtuosa y que con mayor fidelidad ha cumplido con sus obligaciones.

Ahora bien; discurriendo así, se incurre en fatal equivocacion; porque el rico chal de la India, la tela preciosa y nueva, el brillante incomparable, tienen mil probabilidades contra una de ser destinados para cualquier intriganta que los lucirá en el palco de algun teatro, con gran humillacion de las demás mujeres.

Así, pues, las mujeres que concurren á las sociedades han caído en el mal gusto de ocuparse esclusivamente de las hermosuras venales, que deben alguna celebridad á la locura de sus adoradores.

Sin embargo, la mujer verdaderamente entendida, debe buscar en el adorno, no lo que la hace parecer rica, sino lo que aumenta su hermosura, y la mujer honrada no debe pensar en parecer hermosa, sino al hombre á quien ama.

Es preciso decirlo: casi todas las mujeres no se componen ni para el marido ni para el amante; su compostura es el altar que los griegos habian levantado á un *Dios incógnito*.

LA CONCIENCIA DE LA HERMOSURA.

¿Quién crea las modas? De seguro algunas mujeres. ¿Quién las sigue? Todas las demás.—Es, por tanto, muy humillante para todas el someterse á la decision de algunas.

Refiere Brantome, que cuando á la reina Margarita la llevó su madre para que se reuniera con el rey de Navarra, su esposo, dijo aquella: «Acabo de inutilizar mis hermosos vestidos, porque cuando llegue á la corte, entraré con tela y tijeras para hacérmelos segun corra la moda.»

Contestóle la reina madre: «¿Cómo dices eso, querida? pues tú serás quien inventará el buen estilo de vestir, la corte lo tomará de tí y no tú de la corte.»

Como en efecto así fué, añade Brantome.

Sea enhorabuena. Pero esto es lo que llamo la conciencia de la moda. Si las modas son creadas por las mujeres, ¿por qué no las crea vd. misma? ¿Le parece á vd. que las inventoras de las modas no las acomoden al estilo particular de su propio ornato?—Esté vd. segura de que cualquier moda inventada por otra mujer, se llevará por objeto ó el ocultar alguna falta de ella, ó el de descubrirla en vd., ó de ocultar una hermosura en vd., ó el de ponerla en ella de manifiesto.—La mujer que le hace adoptar á vd. una moda, consigue vestir, no solamente á ella, sino á vd. misma, en beneficio de su propia hermosura. La que ha inventado los vestidos arrastrando, que por otra parte tienen cierta magestad, ocultaba al mismo tiempo sus pies que eran grandes y aplastados, y los de vd. son curvos y pequeños.

UNA DEFINICION.

He aquí una definicion de la palabra *compuesta*, segun la entienden muchas mujeres de mundo:

Cuanto menos vestida está, va mas compuesta.

LA CRINOLINA.

Las leyes de la moda son las únicas á que en nuestro país se obedece, y aun creo que en realidad no hay en él otras.—Tal año se llevan vestidos demasiado largos, y tenemos ideas al menos liberales, otro año gastamos sombreros muy estrechos, y las ideas por lo menos son reaccionarias.

En el reinado de Luis XVI se han conocido parisienses que han hecho saber á todo el orbe, que en lo sucesivo el rostro de las mujeres estaria, hasta nueva orden, en medio del cuerpo,—y todo el mundo ha obedecido... En el día se